





3.

Abdiel: aquel que sirve a dios

En aquel pueblo, nadie tenía nombre, porque nadie tenía destino propio. Todos servían, todos obedecían y así había sido siempre; hasta que un hombre se atrevió a dudar. Él era un joven humilde y vacío como todos los de su pueblo, una comunidad sin alma, sin corazón ni vida propia, que tan sólo obedecía ciegamente lo que su religión profesaba. Como una rutina interminable, cada día, antes del amanecer, ya se encontraba trabajando vigorosamente la tierra y al caer la tarde, sin fuerza alguna, se reunía con sus hermanos para cenar mientras el sol se despedía en el horizonte.

En la isla de Vulkaris, cada habitante tenía una labor importante en beneficio del bien común, formando un enjambre que actuaba casi de forma sincronizada, lo que permitía la supervivencia armónica y sostenible de la comunidad. Aunque la vida era simple o algunos podrían considerarla carente de propósito, para él y sus hermanos había claridad sobre su misión: cultivar la tierra de los dioses y adorar a los Eternos con devoción.

Cierto día, mientras se encontraba realizando sus tareas matutinas, algo en su interior lo distrajo y concentró su mirada en cómo unas hormigas se disputaban el cuerpo de una abeja; un espectáculo común en la naturaleza que lo dejó maravillado, pues nunca se había dado la oportunidad de detener su labor para apreciar el mundo. Aquella escena, tan brutal como hermosa, cautivó su imaginación y lo llevó a pensar de forma inusual, sugiriendo en su mente pensamientos y reflexiones sobre la finitud de la vida, el trabajo, la sociedad y el propósito. Comenzó a cuestionar su

propia existencia y la de quienes lo rodeaban. Su corazón, aunque firme, se llenó de dudas que resquebrajaron sus creencias divinas; miedos sobre el fin de la existencia y una inquietud punzante lo atravesaron como un relámpago.

—¿Qué sentido tiene la rutina agotadora, si todos estamos condenados al mismo destino ineludible? —se preguntó.

Al día siguiente, decidió romper las cadenas de su monotonía. Vagó toda la mañana por los alrededores, extasiado ante los paisajes que nunca había osado admirar. Al intentar hablar con las personas, recibió respuestas frías y extrañas, como si hubiera perdido la razón o como si una enfermedad lo estuviera afectando. Frustrado y perdido, decidió buscar respuestas en los dioses y, con el alma en vilo profanó el santuario de los Dioses Eternos.

No fue sencillo. Evadió a los centinelas de las puertas sagradas y se adentró en estrechos y oscuros pasajes laberínticos que lo confundieron durante mucho tiempo. En su travesía, halló maravillas que desafiaban su entendimiento: una gran bóveda colosal con estanterías inalcanzables, repletas de más de un millar de recipientes y objetos extraños que parecían susurrar secretos de otros mundos. Más adelante, se topó con un campo inmenso lleno de árboles pequeños y robustos, cuyas ramas gruesas sostenían nutridos capullos de terciopelo blanco, que palpitaban como corazones vivos. Tras presenciar ese magnífico espectáculo, llegó a un lugar donde se extendía un gran lago de color magenta, colmado de pequeñas embarcaciones y redes de pesca que flotaban en un silencio inquietante. Finalmente, llegó a un acantilado donde diminutas luces danzaban en el viento, emergiendo de una garganta que evocaba el rugido de un monstruo colosal; un hedor acre, como de carne en descomposición, impregnaba el aire.

Cautivado, inquieto y tembloroso por todo aquello, capturó a una sacerdotisa y la llevó a un sitio apartado para interrogarla y tratar de comprender mejor lo que veían sus ojos. Luego de una conversación bastante tensa y evasiva, e incluso con algunas cargas de violencia, ella cedió a sus peticiones, revelando una verdad que prometía desgarrarlo; aunque le advirtió con voz grave que nada volvería a ser igual.

—Desde tiempos sin memoria, hemos estado en estas tierras. Nuestro origen es místico, mágico y sagrado. Nos consideramos los elegidos del pueblo divino; por ende, todos somos iguales y carecemos de nombres, siendo simplemente hermanos y hermanas —explicó la sacerdotisa.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó el joven, con la voz temblorosa.

—No lo sé, y no importa. Mis hermanas y yo hemos estado aquí más tiempo del que podrías imaginar. Nuestro propósito es servir a Los Eternos cumpliendo con las tareas encomendadas —respondió ella, serena pero implacable.

—¿Qué tareas son esas?, cuestionó el joven.

—Cuidamos el arca, donde reside el material biológico que da vida a este mundo. Lo sintetizamos en semillas divinas que germinan existencia. En la granja de transmutación, sembramos esas semillas; allí, las larvas de cada especie despiertan al pactar con un espíritu que les otorga vida. Luego, son cosechadas y lanzadas al gran útero para nutrirse. Por selección natural, se separan los seres perfectos de los imperfectos. Los imperfectos alimentan a Gargantúa, un ser conectado a cada rincón de este santuario, que procesa su esencia y sostiene el ecosistema. Los seres perfectos son conducidos a la recámara del destino, donde se les otorga su labor de servicio al mundo para ser finalmente liberados en el entorno correcto —, expuso específicamente ella.

—Todo esto es muy confuso. Creo que necesito descansar un poco —murmuró él, con la cabeza girando en un torbellino.

—Tómate todo el tiempo que necesites para digerirlo —respondió la sacerdotisa, con una calma que helaba la sangre.

Tras un largo silencio marcado por miradas perdidas que se extendió hasta el día siguiente, el joven colapsó en un llanto tan intenso que por poco los ahoga a ambos. Nadó para salir del salón y ponerse de pie en campo abierto, esperando que entre la naturaleza pudiese encontrar respuestas de calma al estar nuevamente en terreno conocido. Durante varios días vagó sin rumbo, sin alimento ni descanso alguno, hasta que una epifanía, como un relámpago de luz en medio de la tormenta

iluminó su alma, autoproclamándose a sí mismo Abdiel: “El que sirve a Dios”. Entonces juró regresar al santuario para liberar a sus hermanos y hermanas de tan horrendo destino. Lamentablemente nada ocurrió como lo imaginó; por el contrario, fue el inicio de un gran caos.

En su nueva incursión al santuario, todo colapsó bajo el peso de su osadía. Abdiel rompió el arca e invocó poderes sobrenaturales escondidos en el interior del santuario; y en un intento por liberar del cautiverio a aquellas almas, hizo que el material biológico desatado se entremezclara en un frenesí de vida espontánea, lo que dio origen a nuevas y grotescas criaturas. Vulkaris murió, pero a la vez renació como la Isla de los Dioses Caídos; un lugar mítico envuelto en rumores e historias mágicas, sobre un elixir de vida eterna que todo lo sanaba y que otorgaba además poderes divinos a los hombres de corazón puro. Los pocos que supuestamente lograron escapar de allí, lo describen como un paraíso encantado y maldito habitado por seres de belleza monstruosa inimaginable.

Estos seres tenían características asimétricas que combinaban partes de animales, insectos y vegetación; que formaban entidades superiores, parecían dioses de otro mundo, de otra dimensión. Eran criaturas con poderes mágicos, que entraron en hibernación para dormir como gárgolas de piedra, para servir a su amo cuando él así lo requiriera, bajo la promesa de custodiar el paraíso de Dios que allí se había manifestado como tierra prometida.

Abdiel, abrumado por las consecuencias de su divina revolución, eligió enfrentar lo que había desatado bajo una larga vida de contemplación y reflexión, que le permitieron incrementar su nivel de consciencia, para descubrir la fascinante y poderosa creación divina que se le había encomendado liberar. Esa fue su misión como profeta del nuevo pueblo de Dios.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

